

## DE LO TRAGICO

En un tiempo donde la razón ha sido sobredimensionada, crece la necesidad de volver a experiencias originales. Una de estas experiencias es la tragedia, la cual ha vuelto a tematizarse en los dos últimos siglos. En ello el arte, en especial el poético, y la filosofía han desarrollado el discurso principal, que desemboca en el nihilismo contemporáneo.

Si los “enviados” quieren predicar en este mundo, si el pensar cristiano quiere ser escuchado, debe necesariamente padecer con el hombre de hoy. Esta compasión (tan cuestionada por Nietzsche) no puede ser crítica, porque así no comprende, no puede ser modelo que supera lo trágico, porque así no padece, y no puede ser admonitoria desde el puro lenguaje conceptual, porque no parte de esta experiencia.

En lo profundo de la compasión de este nihilismo sin Dios y sin hombre está Cristo. Porque “se tantea el corazón con el abismo”, en lo profundo de esta desgarrante experiencia el hombre necesita un salvador. Este no es quien queda fuera, sino quien como hombre la padece hasta sus últimas consecuencias, porque la comprende, es modelo en ella y habla desde sí mismo, para luego mostrar como Dios la salvación. Pero la salvación es sólo el último paso que en esperanza sigue a la pasión. Y la pasión es para el hombre en este mundo hasta su propia muerte.

Porque muchas veces creemos que podemos resucitar sin padecer, porque creemos poder juzgar sin misericordia, porque creemos que la repetición de esquemas conceptuales clásicos ya nos salva, porque creemos que el dolor y la muerte deben ser disimulados, es que quiero hacer estas sencillas reflexiones.

Ellas no son ideas deducidas del puro ejercicio de la razón (si ello es posible), sino sólo un intento de meditar reconociendo supuestos previos y consecuencias que aporta la Revelación.

El desarrollo tratará de profundizar algunos pocos aspectos de tres distancias originales, las cuales podrían constituir el fundamento

ontológico de lo trágico, a saber: la distancia ente-bien, esencia-existencia y Creador-creatura.

1. La distancia ente-bien la voy a tomar como el lugar de la tragedia ética y explicitaré principalmente la acción que discurre en la temporalidad entre el bien y el mal. Eliminar esa distancia sería rescatar al hombre de lo trágico. Veamos su posibilidad tanto en la acción buena como en la mala.

– Dos modos manifiestan la tragicidad en la acción buena:

a) Que quien actúa bien no es necesariamente feliz, muestra objetivamente lo trágico en la acción buena.

b) Que el hombre no puede sentirse dueño del bien que hace, manifiesta la ruptura trágica en el seno de lo humano. El hombre por sí mismo no puede obrar el bien, sino solamente y con esfuerzo, lo debido. Tanto su obrar como su ser se inscribe en el ámbito de la deuda. Pero al mismo tiempo, ni el pensamiento ni el sentimiento desean deber el hecho de existir a la decisión de un Dios absoluto. Al hombre le cuesta aceptar la deuda de la existencia y la autodonación de sí de un Dios Creador.

El “plus” que está sobre toda deuda es lo propio del bien que la recrea desde la perspectiva de la donación amorosa. Este viene dado por algo no-humano que le impide al hombre su apropiación. Por ello aquello que decía Platón: cada vez que el bien quiere ser apresado, éste huye y se refugia en lo bello.

– La acción mala es un querer algo bueno que introduce como consecuencia necesaria una ausencia donde debe ser una presencia.

Es querer algo bueno que excede el ámbito de la deuda, pero no en el “plus” de la bondad, sino como defecto, porque se opone al querer del creador.

Es querer algo bueno que excede lo tenido, no para planificarlo, sino para deformarlo porque no acepta la condición de creatura.

Es querer algo bueno que excede el ámbito de la justicia, porque desune la relación Creador-creatura al querer desordenadamente ser semejante a Dios, esto es quererlo según su propio modo.

La consecuencia más grave que acarrea necesariamente la acción mala, no es el abandono de la deuda, porque ya el deseo quiere superarla, tampoco el abandono de lo tenido, porque el deseo quiere

plenificarlo, sino principalmente el abandono de la justicia, la cual unifica y contiene los dos ámbitos anteriores.

Llamo justicia a aquello dado al hombre para que éste pueda aceptar el modo de querer de Dios, la condición de creado y la relación creador-creatura, o dicho de otro modo para que pueda querer lo que Dios quiere que el hombre quiera.

Su abandono introduce la nada más radical y es la consecuencia más trágica de la acción mala, porque es la pérdida del único puente que conduce al deseo humano hacia aquello que lo cumple.

La acción y su consecuencia necesaria configuran lo que podemos llamar la "circularidad del mal". Ella desarrolla en el hombre una constante caída y por tanto una mayor tragicidad. Circularidad que éste por sí mismo no puede romper, caída de la cual no puede liberarse, porque simplemente no puede volver a darse lo que abandonó.

Sólo un nuevo don puede asumir el acto de redención. Donación amorosa de un hombre que por ser tal se inscribe en esa circularidad. Donación amorosa del Creador que por ser tal pueda restituir lo perdido, tanto en sí mismo como en la creatura. Sólo un Dios-hombre puede invertir la circularidad para que recreando la nada se redima la acción.

A partir de esta recreación la nada se alía con la acción buena y se introduce el "plus" que actualiza el amor. De donde esa acción se hace mediadora entre el amor y la nada. Por ella se muestra lo inútil de la nada sin amor y del amor sin dolor, y se asume en la unidad de ambas realidades la mediación de la justicia. Aquí la tragedia del hombre se introduce y unifica como el Amor de Dios, por ello se aúna la misericordia de Este con la nada de aquél, con lo cual se añade esperanza a la nada y tragedia a la misericordia.

2. La distancia esencia-existencia la voy a tomar como el lugar de la tragicidad antropológica, y explicitaré la itinerante búsqueda de la identidad del hombre en el mundo a través del tiempo.

La identidad itinerante es un estado que se incrementa cuando el hombre pone lo mejor de sí en juego hacia la unidad.

En ese juego lo recibido se arriesga en la existencia. Aquello que somos debe actualizarse a través de un movimiento que lo continúe. Somos el soporte de un destino que no es otra cosa que la consecuencia necesaria de los actos libres de otros.

Esta consecuencia única queda ahora a nuestro cargo y según el uso de lo recibido será nuestra destinación. Intelecto, voluntad y obra son los sujetos que tienen a su cargo la realización del hombre en procura de su propia identidad.

La obra, propia y ajena, es el ámbito donde el intelecto comienza su percepción. Percibimos allí la claridad de la verdad que se manifiesta a través del claroscuro de lo limitado. Esta percepción definida al espacio-tiempo de nuestro modo de ser, es a pesar de su cono de sombra una verdad que exige una acción.

Querer actualizar la exigencia de la verdad impone que la voluntad utilice su potencialidad para la ejecución de su obra. La potencia del querer es la libertad, la cual se pone en uso cuando la verdad es obra.

Esa obra es el lugar donde culmina mi acción, pero a la vez es un nuevo comienzo. Integrándose al mundo lo obrado se hace operante, porque puede leerse nuevamente en su verdad. Así continúa el movimiento, que a partir de una cada vez mayor exigencia de ser, va unificando al hombre cuando éste obra lo encontrado con mayor amor. Lectura, amor y obra sostienen la búsqueda itinerante de la identidad.

Pero a pesar de un posible constante ascenso, el hombre siempre limita la verdad encontrada; su obra es siempre una parte de la verdad querida y ésta nunca alcanza a la percibida. Siempre permanece una ruptura entre el hombre y su propia identidad, entre el hombre y la verdad que le corresponde, la cual manifiesta el núcleo de lo trágico.

Pero la mayor tragicidad se muestra cuando lo percibido no es obrado. Aquí la obra manifiesta el oscurecimiento del querer que no ha sido justificado por la verdad. Al no estar presente lo verdadero no hay continuidad entre intelecto y voluntad, y por eso se obra la no identidad.

Este es el comienzo de la desintegración, la cual trata de ocultarse por lo desgarrante de la experiencia. El modo de tapar este absurdo que hace imposible vivir, toma la forma de ideología, la cual viene a justificar la acción suplantando a la verdad. Se logra así una unidad ficticia que oculta la tragedia de la no-identidad, pero que en determinadas situaciones sale a la luz mostrando su vacuidad.

3. La tercera distancia Creador-creatura la voy a tomar como el lugar de la tragicidad metafísica, la cual trataré de tematizar en la temporalidad buscando la Unidad donde el ser finito se actualiza en el seno de lo eterno.

Si bien el ente puede idealmente llegar a ser bueno, y la esencia a realizarse en la existencia, nunca el Creador puede llegar a ser creatura ni la creatura Creador en sentido estricto. De donde sólo podemos pensar una "Concordia" entre ambos.

Ya hemos explicitado lo que pasa cuando el hombre quiere ser semejante a Dios de modo propio. Ello lleva al rechazo de la relación Creador-creatura porque esta última no acepta su ser creado.

Curiosamente la relación puesta en la "Concordia" originaria depende de la creatura en su permanencia. Y frente a ella ésta responde rechazándola.

De allí que una de las principales divisiones del tiempo para el pensar medieval haya sido según el "antes" y el "después" de ese acto. En el antes tenía lugar un estado original cuya bondad no conocía el mal, un modo de ser pleno en la existencia y una "concordia" única que se anuncia en el relato bíblico con el encuentro visual y dialogal del Creador y su creatura. En este tiempo era tematizado el hombre en cuanto tal. Ese fue el que había sido creado y no la pálida caricatura que acontece después de ese rechazo primigenio.

A partir de ese acto se inicia lo propiamente trágico: la culpa, el dolor y la muerte. Es esa la condición humana a partir de ese origen, el cual no es un origen fundante, sino sólo originante de una nada consecutiva al primer acto de la creatura.

Ya hemos visto que ese origen se produce por el abandono de la justicia y que no es posible al hombre volver a recuperar lo perdido. Sólo un nuevo don que devuelva lo abandonado puede llenar el vacío, lo cual no es sino un acto pleno de misericordia sólo posible de ser actuado por un Dios-hombre. Ello significa que el Creador se hace creatura (a pesar de lo impropio de este lenguaje) para recrear a ésta desde sí misma; porque el hombre quiso ser Dios, Dios se hace hombre para mostrarle su amor. Significa que su justicia se hace misericordia y su misericordia justicia. Y significa que la tragedia del hombre fue asumida de tal modo por el Creador que a partir de ello es posible hablar de la tragedia de Dios así como hablamos de su humanidad.

Fue por un acto que la creatura abandonó la "Concordia" con el Creador, y por otro éste asume su condición y la recrea. Por ello la creatura puede o volver a la concordia del "antes" o asumir la tragedia del solo "después" continuando el rechazo de su condición creatural empecinada por el orgullo de querer ser dios.

Pero la vuelta al “antes” no es según el modo del origen, sino según el de la recreación. Por ello la tragedia aunada con el bien es ahora la forma en que la “concordia” debe llevarse a cabo.

El mismo creador hecho hombre abre el camino de restitución de la “concordia” perdida a través del dolor y la muerte. Se convierte así la tragedia en el camino de la redención. Pero este abrir es también un mantener abierto, para que la creatura pueda dejarse recrear desde su intimidad, para que el “plus” del bien pueda ser hecho y la identidad itinerante conquistada. Dejarse recrear es asumir el modo del cuidado, en la acción perseverante de aquello que de nuevo ha sido recibido y que constituye lo más propio de lo humano.

De este modo la tragedia es pensada en la época medieval en primer lugar como la consecuencia de un acto humano que rompe la “Concordia” inicial, y en segundo lugar como lo asumido por el Creador que motivó su encarnación, dolor y muerte para restituir a través del camino trágico la “Concordia” perdida. Así la nada del mal se hace buena, lo abandonado se devuelve, la culpa se hace feliz y la tragedia esperanza por la mediación del amor.

#### Reflexiones posibles:

Unas últimas reflexiones quieren abrir lo pensado hacia la búsqueda de figuras trágicas. Adán, Cristo, Edipo. . . podrían establecer un interesante paralelo.

La acción de cada uno de ellos incide en su relación con Dios o el Padre, con el otro sexo o su madre, y con la tierra según sus respectivos destierros. Según ello se modifica su propia vida y la de su descendencia.

¿Qué significa un Adán desterrado por su culpa contra Dios, a lo cual se sigue el estar desnudo, la ruptura con Eva y con el mundo, tanto para él como para todo el género humano? . . .

¿Qué significa Édipo desterrarse ciego por el dolor de su culpa al matar a su padre, la relación con su madre, la tragedia de su pueblo y la extensión de ese dolor a su descendencia próxima: sus hijos, y a su descendencia lejana: el lector de estas tragedias? . . .

¿Qué significa frente a ellos Cristo, el cual asume la culpa siendo inocente, dando su vida por el Padre en lugar de darle muerte, llevando la recreación del otro sexo tanto a la Samaritana como a la virginidad de su madre, e inaugurando un nuevo pueblo (también desterrado) sobre la base del amor que abre a la esperanza a su descendencia? . . .

Por último. ¿Qué significan estos lugares y modos de relación y estos diferentes modelos para la condición existencial del hombre contemporáneo? . . .

RICARDO OSCAR DIEZ